

LA REUNIÓN DEL EPISCOPADO
LATINOAMERICANO EN SANTO DOMINGO
(Noviembre 1992)

Queridos hermanos:

Recién llegado de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, a la cual asistí en mi condición de Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, se hace obligada una referencia a esa reunión que marcará la acción pastoral de la Iglesia Latinoamericana y del Caribe en los últimos diez años de este siglo y en los comienzos del Tercer Milenio de la Era Cristiana. Si realmente un acontecimiento eclesial de esa trascendencia puede resumirse en una palabra, esta sería: Esperanza.

La IV Conferencia se ocupó de la Evangelización de América Latina y del Caribe. Evangelizar es anunciar a Jesucristo a los hombres y mujeres de hoy. «La Iglesia existe para evangelizar», «la razón de ser de la Iglesia es la evangelización». Son afirmaciones que hemos escuchado del Magisterio eclesiástico, y más de una vez al Papa Juan Pablo II.

Al tomar como línea pastoral prioritaria la Evangelización de América Latina y el Caribe, no está la IV Conferencia de Santo Domingo retractando, como algunos afirman, lo dicho en las Conferencias anteriores de Medellín y Puebla, con respecto a la justicia social y a la opción preferencial por los pobres.

Nada más falso, pues los Obispos reunidos en Santo Domingo hemos asumido decididamente todo lo expresado en esas dos grandes reuniones generales del Episcopado latinoamericano. En aquellas ocasiones, se denunciaron con energía las causas de los grandes males que ha venido sufriendo esta región del mundo y se propusieron caminos justos y evangélicos para solucionarlos. ¿Por qué al tomar la evangelización de Latinoamérica y el Caribe como línea pastoral habríamos de abandonar la denuncia de lo mal hecho y la evidenciación de sus causas? Esta interpretación se debe a no haber comprendido que evangelización significa anunciar íntegramente el mensaje de Jesús, que no podría nunca proclamarse sin incidir en la realidad concreta en que debe encarnarse y vivir la Iglesia.

En esta IV Conferencia, como lo hizo en Puebla y antes en Medellín, la Iglesia ejerce su misión profética, poniendo al descubierto los males que han hecho su aparición en los años que van de Puebla a Santo Domingo y los que se han agravado en este período. Entre ellos están: el empobrecimiento creciente de inmensos sectores de la población, el aumento del narcotráfico con su secuela de crímenes, la corrupción administrativa que amenaza con hacer naufragar en algunos países las recién recuperadas democracias, los drásticos ajustes económicos que recaen sobre los más pobres, el riesgo cierto de absolutización del mercado, con olvido del ser humano que queda subordinado frecuentemente a mecanismos económicos objetivamente injustos, las violaciones de los derechos humanos, los múltiples ataques contra la familia, origen y custodia de la vida, duramente castigada en su estabilidad e integridad por el divorcio, el sexualismo, la acción corrosiva de algunos medios de comunicación, las campañas antinatalistas propugnadas frecuentemente por entidades internacionales y la práctica creciente del aborto.

Larga y dolorosa se hace esta lista de miserias. Para enfrentarlas, la Iglesia mira hacia esa desafiante realidad con los ojos esperanzados de la Fe, la ilumina con el Evangelio y halla en la Palabra viva del Señor y en sus sacramentos inspiración y fortaleza. La Iglesia convoca a todos, según su vocación, pero especialmente a los laicos, a participar activamente en los esfuerzos por superar los males que persisten en América Latina y el Caribe, de modo que mejore la calidad de vida de los hombres y mujeres de esta región, tanto en lo material como en lo espiritual.

El modo propio de participación de la Iglesia es el que le confió su Maestro y Señor: «Vayan al mundo entero y anuncien el Evangelio», es decir, anuncien a todos la Buena Noticia de Jesucristo. Cristo es Buena Noticia porque ha venido a rescatar a todos de sus males, especialmente a los pobres. ¿Por qué habrían de oponerse entonces evangelización y promoción humana?

El Documento Final de Santo Domingo recoge esos dos aspectos tal y como en lo concreto ambos se integran entre sí, porque anunciar a Jesucristo es proclamar el amor como la fuerza liberadora que vence todos los obstáculos y se opone al odio que anida tanto en el poderoso que oprime o explota, como en quien pretende salvar al hombre de sus males por la violencia ciega. Ni el propietario despiadado que arrebató sus tierras a los indios en Brasil, matando y saqueando, ni las crueles campañas de «Sendero Luminoso» en Perú quedan a resguardo frente a la luz de la verdad evangélica sobre la dignidad del hombre y sus derechos.

Sucede, sin embargo, que de acuerdo a las distintas concepciones sobre la convivencia humana o correspondiendo a las diversas ideologías, algunos preferirían que la Iglesia hablara solo de la familia o del pecado personal y no hiciera nunca referencia a la cuestión social. Otros, por el contrario, aceptan y alaban a la Iglesia cuando, ejerciendo su misión profética, condena los excesos del liberalismo o defiende los derechos de los pobres, pero rechazan sus llamados a la integridad de la familia o a la reconciliación o a la no violencia.

Es propio de los seguidores de Jesús, lo predijo el Maestro: «Si me han odiado a Mí, también los odiarán a ustedes», y anteriormente había advertido ya a sus discípulos cuáles son los riesgos de la misión profética, poniéndolos en guardia ante la tentación de querer complacer o agradar a todos con sus palabras: «Dichosos ustedes si los hombres los odian, los expulsan, los insultan y los consideran unos delincuentes a causa del Hijo del Hombre... esa es la manera como trataron a los Profetas en tiempos de sus padres». Pero «pobres de ustedes cuando todos hablen bien de ustedes porque de esa misma manera trataron a los falsos profetas en tiempos de sus antepasados» (Lc 6).

Falsamente profética sería la Iglesia si intentara agradar con su enseñanza a todos y en todo momento. La única seguridad de la Iglesia es su fidelidad y su amor a Jesucristo y no la aprobación que reciba de unos u otros.

Aquí está, pues, la palabra profética de la Iglesia latinoamericana y caribeña en Santo Domingo: «Quien tenga oídos para oír, que oiga». Con esta frase, repetida tantas veces por Jesús cuando nos presenta sus enseñanzas más exigentes, concluyo esta vez, no sin antes comunicarles todo el afecto y la cercanía del Papa Juan Pablo II, con quien tuve la dicha de conversar un buen rato en Santo Domingo.

Llegue, por mi medio, hasta ustedes su bendición.